

Los alces se albergan en la parte más recóndita de los inmensos bosques que habitan. Desde abril hasta octubre se acogen en los terrenos más pantanosos, pero en invierno buscan terrenos más elevados y no expuestos á inundaciones, para así evitar los hielos.

Durante el buen tiempo se les encuentra en los bosques de especies amentáceas: en tiempo de lluvia, nieve y nieblas, generalmente en los pinares ó abetares más espesos.

Ninguna res cambia con tanta facilidad de estancia como el alce si se le molesta ó se le acaba el alimento.

Éste consiste, según la estación, en yemas de los árboles, tallos y hojas de sauces, álamos, tilos, sorbos, carpes, abedules, arces, robles, fresnos, alerces, pinos y abetos. En invierno, de cortezas de árboles que sean blandas y cuya savia no sea amarga. También come toda clase de cereales. Su alimento favorito es el *calva palustris*, el brezo y el *ledum palustre*.

Su carne es preferida á la mejor carne de vaca.

En los países donde son abundantes, si hay mucha nieve, se corren á caballo hasta fatigarlos; pero generalmente se cazan á la espera ó á rececho. El cazador debe ser muy prudente con esta clase de reses, pues tan pronto como se sienten heridas atacan al que tiene la desgracia de descubrirse. Por esta razón el cazador debe saber elegir el puesto en que vaya á hacer la espera, y procurar ocultarse detrás de un árbol, y sobre todo estar bajo el viento.

Si el corzo tiene menos estatura y menos fuerza que el venado, en cambio le aventaja en gracia y en viveza; es más alegre y más ágil, y su forma más redondeada y elegante. Brinca con excesiva ligereza; su pelo está siempre limpio y lustroso; no se revuelca en el fango como el venado gusta de hacerlo, ni vive contento sino en los países elevados y secos, en que el aire es puro.

Cuando se ve perseguido, su instinto le sugiere in-

geniosos recursos; y á pesar de tener el gran defecto, para su desgracia, de dejar en pos de sí impresiones fuertes que excitan el ardor de los perros, no deja de saber sustraerse al ataque de éstos por la rapidez de su carrera y por sus multiplicados rodeos. Para poner en práctica los ardides, no aguarda, como otros animales, á que le falten las fuerzas, sino, al contrario, desde que

nota que la fuga veloz es infructuosa, desanda el camino, da mil vueltas, y cuando con sus movimientos opuestos ha confundido la dirección de la marcha que lleva, se aparta de su camino de un brinco formidable, y, desviándose á un lado, se echa, y sin moverse deja pasar á toda una jauría burlándose de ella.

En vez de formar sociedad, como los venados y los gamos, y de andar en grandes manadas, se mantiene el corzo sólo con su familia, y nunca se le ve asociarse con extraños, siendo muy constante en sus afectos y en sus amores.

No experimentan los corzos los ardores del celo más que una vez al año y por espacio de quince días, desde fines de octubre á mediados de noviembre; pero ni

entran en furor, ni se nota en ellos nada que altere ni mude su estado, más que el doliente ronquido con que llaman á la corza que es objeto de su cariño.

Cuando ésta va á parir, se separa del macho y se esconde en lo más espeso y recóndito del monte para huir de los lobos, que son sus mortales enemigos. Á los diez ó doce días los corcillos han adquirido bastante fuerza para seguir á su madre, la cual, si algún peligro les amenaza, los oculta en un sitio secreto, hace frente y se deja cazar por libertarlos; pero todos sus afanes no impiden que los lobos, los hombres y los pe-



El parque de Varzín

rrros le roben sus hijuelos con demasiada frecuencia.

Los corzos jóvenes que sobreviven á tanto peligro como desde su nacimiento les rodea, permanecen con sus padres hasta la edad de un año, que es cuando empiezan á apuntarles los cuernos bajo la forma de dos pitones; y así que están crecidos desmogan á fines de otoño, recobrándolos luego durante el invierno. En la época de la ronca se extenuan poquísimo, pero pronto se reponen y adquieren su gordura habitual.

Al segundo año ya tienen dos ó tres candiles en cada asta; al tercero, cuatro, y al cuarto, cinco; siendo muy raro encontrar corzos que tengan más. Los corzos viejos se conocen tan sólo en lo grueso del cuerno y en lo ancho de la base.

Estos hermosos animales, que, cuando más, viven de doce á quince años, son muy delicados en la elección de alimento; necesitan aire y movimiento, una hembra y terreno extenso para correr y solazarse.

Se les puede domesticar, aunque, á decir verdad, nunca se les reduce á completa obediencia, porque siempre conservan algo de su índole montaraz. Se espantan al menor ruido que oyén, y á veces se precipitan contra las paredes y suelen romperse las piernas. Los machos, que son muy caprichosos, suelen tomar aversión á ciertas personas, y entonces las acometen á cabezadas, derribando á un hombre y pateándole cuando le ven por tierra.

Se alimentan de zarzas, de jaras y de retamas, y al llegar la primavera comen los tallos y las hojas tiernas de casi todos los árboles. Este alimento cálido fermenta en su estómago y los embriaga de modo que es muy fácil sorprenderlos; pues, desatentados, no saben dónde van, y caen á los tiros de los cazadores.

Nótase en el corzo una circunstancia ó anomalía especial, y es que, á pesar de su natural espantadizo, el verdadero peligro no le asusta ni conmueve: juega delante de los perros, se pone á pacer de repente en presencia del mismo que le da caza, y se detiene con frecuencia á cada paso para gozar de la sombra de una enramada ó de un árbol. Escucha con las orejas de punta antes de franquear el sendero ó internarse por el camino donde sospecha que haya cazadores emboscados, y atraviesa de un salto enorme el sitio peligroso, ó retrocede al encuentro de los perros, del mismo modo que en las batidas corre hacia atrás cual si fuese en busca de los mismos ojeadores. Cuando llega el momento de adoptar un partido decisivo, no vacila un instante: toma sobre los perros una enorme delantera, anda una legua en pocos minutos, y aprovecha el tiempo que sus perseguidores necesitan para alcanzarle, á

Tomo III.—Caza mayor y menor

fin de valerse de la estratagema que tiene meditada.

La batida del corzo ofrece, por lo tanto, iguales dificultades que la del lobo; pero la sangre fría que ostenta en el peligro, y que le salva en la caza á la carrera, es funesta para él cuando se le tira con bala en un ojeo,



Un parque de Alemania

porque se distrae y juega con los perros, y nada es entonces más fácil que matarlo.

Bajo el punto de vista alimenticio, puede asegurarse que, cuando el corzo es joven y tierno, es decir, al año ó diez y ocho meses de edad, su carne es exquisita y suculenta.

El sabor de ella depende, como el de la liebre, de los pastos que hay en el país donde habita.

No tiene el corzo, á semejanza del cerdo doméstico, ninguna parte de su cuerpo que sea desperdicio; y son infinitos y á cual más escogidos los modos que tiene de aderezarlo el arte culinario, constituyendo siempre un

plato escogido, que hace honor á las mesas de mayor lujo.

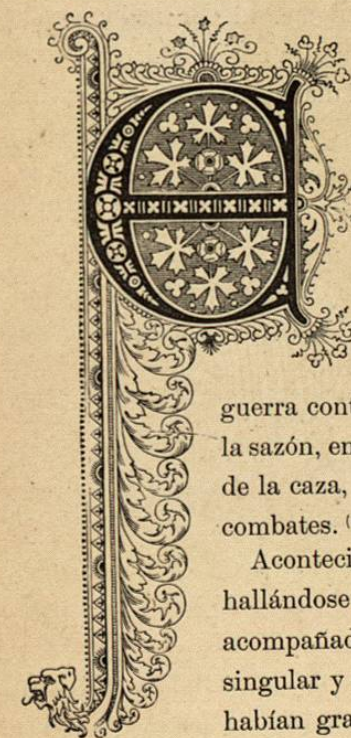
La carne de corzo, diremos para concluir, y de la que no debe abusarse porque tiene cualidades irritantes, es un alimento nutritivo, cuya digestión se hace con facilidad suma, conviniendo su uso á todas las edades y temperamentos de las personas.



CAPITULO XI

LA CORZA BLANCA

1



En un pequeño lugar de Aragón, y allá por los años de mil trescientos y pico, vivía retirado en su torre señorial un famoso caballero llamado D. Dionís; el cual, después de haber servido á su rey en la guerra contra infieles, descansaba á la sazón, entregado al alegre ejercicio de la caza, de las rudas fatigas de los combates. ⁽¹⁾

Aconteció una vez á este caballero, hallándose en su favorita diversión acompañado de su hija, cuya belleza singular y extraordinaria blancura le habían granjeado el sobrenombre de *la Azucena*, que, como se les entrase á más andar el día engolfados en perseguir á una res en el monte de su feudo, tuvo que acogerse, durante las horas de la siesta, á una cañada por donde corría un riachuelo,

saltando de roca en roca, con un ruido manso y agradable.

Haría cosa de unas dos horas que D. Dionís se encontraba en aquel delicioso lugar, recostado sobre la menuda grama á la sombra de una chopera, departiendo amigablemente con sus monteros sobre las peripecias del día, y refiriéndose unos á otros las aventuras más ó menos curiosas que en su vida de cazador les habían acontecido, cuando por lo alto de la más empinada ladera, y á través de los alternados murmullos del viento que agitaba las hojas de los árboles, comenzó á percibirse, cada vez más cerca, el sonido de una esquililla semejante á la del guión de un rebaño.

En efecto: era así; pues, á poco de haberse oído la esquililla, empezaron á saltar por entre las apiñadas matas de cantueso y tomillo, y á descender á la orilla opuesta del riachuelo, hasta unos cien corderos, blancos como la nieve; detrás de los cuales, con su caperuza calada para libertarse la cabeza de los perpendiculares rayos del Sol, y su hatillo al hombro en la punta de un palo, apareció el zagal que los conducía.

—Á propósito de aventuras extraordinarias,—exclamó al verle uno de los monteros de D. Dionís, dirigiéndose á su señor;— ahí tenéis á Esteban el zagal,

(1) Leyenda de Gustavo A. Becquer.